

## Cangura para todo

Sonó el timbre. El señor abrió la puerta. La escalera estaba oscura. Alguien, con un pañuelo atado a la cabeza, le entregó una tarjeta que decía: «SE OFRECE CANGURA MUY DOMESTICADA PARA DOMÉSTICA».

—Pase, por favor. Llevamos un mes como locos sin niñera ni cocinera. Siéntese.

El señor abrió de par en par la ventana y de par en par los ojos. Ante él tenía un canguro imponente.

—¡Pero bueno! ¿Pero cómo? ¿Cómo ha llegado usted aquí?

—Pues saltando, saltando, un día di un salto tan grande que me salté el mar.

—¡Clo! ¡Clo! —el señor parecía que iba a poner un huevo, pero era que llamaba a su esposa, que se llamaba Dulce Mariana Clotilde del Carmen, pero él, para abreviar, la llamaba Clo.

Apareció Clo y desapareció al mismo tiempo gritando: —¡Dios mío, hay un canguro en el sofá...! ¡Un canguro!

—Cangura, señora, cangura, soy niña —aclaró el animalito estirando sus orejas y lamiéndose las manos

—¡Ven, Clo! Ten confianza... Volvió a aparecer Clo muerta de asombro.

—Mírala bien. Parece limpia y espabilada, y además a los niños les gustará. Yo creo que conviene que se quede en casa.

Clo, la señora, miraba a la cangura de reojo, tragando saliva.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó por preguntar algo.

—Marsupiana, para servirles.

Y la cangura se quedó en casa para servirles. ¡Y qué bien servía! Desde primera hora se ponía a trabajar.

—¡Marsupianaaaa! Tráenos el desayuno a la cama.

Y la cangura, con su bandeja en la tripa, iba y venía veloz.

—¡Marsupianaaaa! ¡Vete a la compra!

Y la cangura, con su «bolsa» llena de verduras, botellas y pescadillas, iba y venía veloz.

—¡Marsupianaaaa! ¡Lleva a los niños al colegio...!

—¡Marsupianaaaa! ¡Lleva a los niños de paseo, lleva el cochecito!

—No señora, no lo necesito.

La cangura metía a los dos pequeños en su bolsa-delantal y a los otros dos se los montaba en la potente cola y, saltando de cinco en cinco los escalones, se plantaba en un segundo en el portal.

Cruzaba la calle de un salto por encima de los coches y por encima del guardia de la porra. Lo tenía bizco.

Marsupiana para todo era rápida, trabajadora y obediente. Los señores estaban muy contentos con ella. Le subieron el sueldo. Y le hicieron la permanente.

—¡Marsupianaaa! Date una carrera a casa de mi suegra, que no funciona el teléfono y tú llegas antes que un telegrama.

—¿Y qué le digo? —Lo de siempre, que no venga.

—¡Marsupianaaa!

—Mándeme, señora. La señora tenía una regadera en la mano.

—Mira, Marsupiana, esta tarde tenemos una fiesta y tú tienes que ayudarme.

—Sí, señora; cuando vengan las visitas les quito el abrigo, los sombreros, los paraguas, todo. Y les sirvo las rosquillas y la gaseosa... ¡Estaré de camarero!

—¡No, vas a estar de florero! Mira, te colocas en este rincón, ahí, ¡quieta! ¡No te muevas! Y ahora, abre bien la bolsa.

La cangura abrió también la boca mientras doña Clo le regaba la tripa.

—¡Aaaay!

—¿Qué te pasa?

—¡Que está muy fría el agua, señora!

Doña Clo bajó al jardín y volvió con un gran ramo de flores. Estas flores las fue colocando muy artísticamente dentro de la bolsa de la cangura.

—¡Aaaay!

—¿Qué te pasa ahora?

—¡Que me hace usted cosquillas con los tallos, doña Clo! ¡En el mismísimo ombligo!

Llegó la hora de la fiesta y Marsupiana fue el comentario de los invitados.

—¡Uy, qué precioso rincón! ¡Qué maravillosa escultura! ¡Qué original florero!

—¡Qué realismo! Parece que esté vivo y coleando...

—Pero... ¿Qué es esto? —preguntaban las señoras más estúpidas.

—Ya veis lo que es, una cangura disecada, mi marido es cazador y tiene muchas.

A Marsupiana cada vez que la llamaban «disecada» le daban temblores y le entraban ganas de estornudar. Lo peor fue cuando una avispa empezó a pasar y pasar a un centímetro de su hocico.

La cangura sudaba y bizqueaba siguiendo el vuelo del insecto, hasta que sintió un terrible picotazo en la punta de la nariz y, dando un gran salto, se encaramó a la lámpara.

—¡Socorro! ¡El canguro se ha desdisecado!

Cuando la cangura Marsupiana miró hacia el suelo, había una alfombra imponente de señoras desmayadas; menos doña Clo, que le dio por reír.

Llegó el calor, y con el calor bajaron las maletas de los armarios. Como no les cabían todas las ropas, tuvieron que usar a la cangura de maletín. La facturaron como equipaje porque costaba menos que un billete. Le pegaron una etiqueta en la tripa con las señas del Puerto. La etiqueta se le despegó con el calor y el Jefe de Correos la mandó a Australia.

Marsupiana estaba cansada, aburrida y mareada del barco. Cuando oyó que se paraban las máquinas, ¡ya no pudo más! Saltó por una ventana redonda y fue a parar al agua, afortunadamente cerca de la playa.

Aquel sitio le era conocido, aquellos montes y aquellos árboles le recordaban a algo... De pronto, una nube de canguros la acorralaron y la besuquearon. Todos sus primos y demás familiares brincaban de felicidad riendo a carcajadas con la cola.

—¡Marsupiana! ¡Marsupiana!

—¡Bienvenida, gorda y sana!

—¡Qué alegría volverte a ver!

—¡Uy, qué de regalos nos trae!

—¡Qué regalos ni qué canguro muerto! Esto no son regalos, es propiedad de doña Clo.

Marsupiana no pudo seguir hablando, no la dejaban, y emocionada por el cariño que le demostraba su pueblo, decidió quedarse en la isla, que al fin y al cabo era lo suyo. Y se puso a peinar y a lamer a los canguritos pequeños porque le recordaban a los hijos de doña Clo.